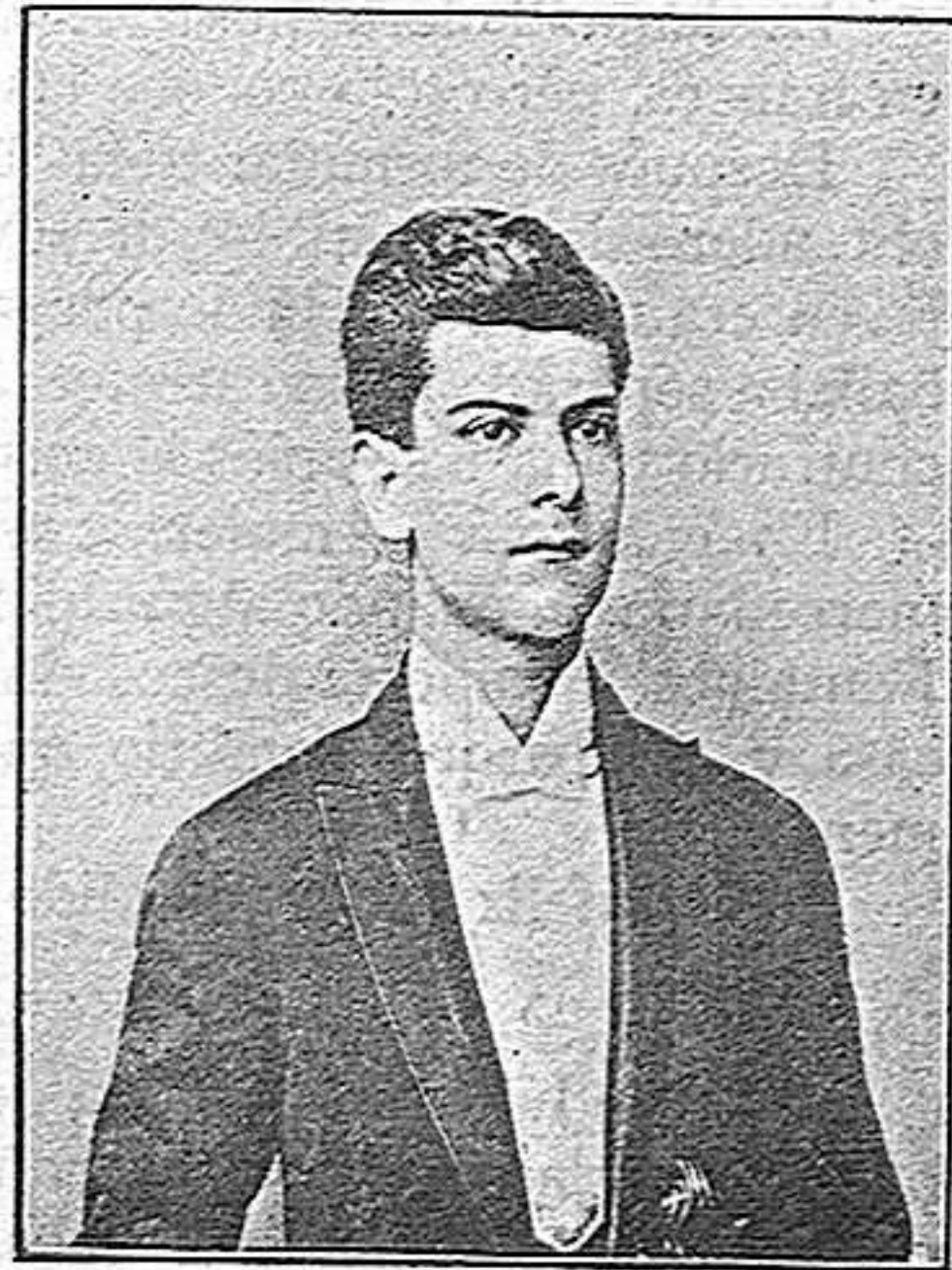




Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

ANDRÉS GAOS



Este joven violinista del arte divino pasmo, toca con el entusiasmo del que es verdadero artista.

Rápido hacia la victoria le conduce su talento, pues el mágico instrumento ya le da dinero y gloria.

Lo cual prueba en conclusion, que va un abismo sin fin, de tocar el violín... ¡a tocar el violón!

E. LABARTA

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

SIEMPRE BELLA

I

En los bordes del Orge, antes de llegar á Belles Fontaines, se vé una casa de elegante construcción, pequeño castillo moderno con tejado de pizarra. Situada en la cima del monte, cerca de un bosquecillo, la casa aparece enseguida á la vista de los remeros que bajan en sus lanchas por el río, en dirección á Juvisy. Algún pescador de caña, al buscar un buen sitio para entregarse á su reposada tarea, ha visto más de una vez sobre la altura, á una mujer con la cara cubierta por espeso velo y á un hombre jóven, apoyado dulcemente en el brazo de ella.

Los habitantes de Juvisy han hecho esfuerzos tan grandes como inútiles, para penetrar en el misterio de que aparecen rodeados estos dos nuevos vecinos del país. Nada han podido saber.

El jardinero y los criados de aquella vivienda hablan en una lengua desconocida, que es la que usan los naturales de la Bretaña baja, según dijo un viajante de comercio que tuvo ocasión de oír algunas frases.

La demandadera que hace los recados es la única que sabe expresarse en francés, pero solo conoce las palabras más usuales y más precisas.

Después de formular todas las suposiciones imaginables, el fondista y el tendero de comestibles de Juvisy habian podido sacar en limpio que el jóven era un loco recluso por su familia en aquella propiedad que se hallaba separada de la carretera por un fuerte muro y que por el lado contrario tenía á sus piés la corriente del río.

En cuanto á la mujer, convinieron en que era una parienta ó una mercenaria. Y cuando algún pintor, de regreso de una excursión á Belles Fontaines, manifiesta deseos de saber quien es el dueño de la solitaria casa y del parque sombrío que hay junto á ella, le responden al momento:

—Un infeliz que ha perdido la razón.

II

El 10 de Julio de 1884, dia de insoportable calor, el vizconde de Montbrun salió á las nueve de la mañana de su hotel situado en la calle Varnet y bajó hácia los campos Elíseos. Iba á ver un caballo cuya adquisición le propuso un mercader de la calle de la Repiniere.

Los jardines de aquel hermoso sitio estaban llenos de flores que aparecían sobre el musgo artísticamente graduadas en su colocación, como grandes rosetas de condecoraciones extranjeras. En el centro, los cuatro chorros de agua se elevaban á su mayor altura, mostrando los colores del arco iris entre una lluvia de polvo de diamante.

El vizconde de Montbrun era uno de esos parisienses, que nunca salen de París.

«El mar—solía decir—ha sido hecho para los pescadores y marineros. Tiene, no hay duda, sus bellezas; pero éstas solo pueden ser contempladas durante una hora cada dia, porque cuando baja la marea queda al descu-

bierto un fango pestilente, al lado del cual las cloacas de una población son frascos de agua de Colonia. En la campiña, propiamente dicha, se siente el mismo calor que en París con la diferencia de que allí se aburre uno por las noches y no sabe que hacer.

Si se dejan abiertas las ventanas entra en la habitación una plaga de mosquitos y si se cierran es aquello cien veces peor que la rue Royale y la Chaussé d'Antin donde puede uno estar fumando desde las dos de la madrugada en adelante, á la luz de la luna, con mucha tranquilidad y sin temor de ser incomodado por un mónstruo de alas diminutas ó abofeteado por un murciélago.»

A pesar de estas ideas el vizconde se acordó aquella mañana del campo al observar que escaseaban los transeuntes y que era infinito el número de carruajes que desembarcaban, cargados con maletas de la Avenida d'Antin, de la calle Ponthieu, de la del Circo...

La contemplación de los preparativos de la inmediata fiesta del 14 de Julio le oprimió el corazón.

Sentía una invencible repulsión hácia la política y hácia los políticos, llamáranse éstos imperialistas ó republicanos. Además, el verdadero parisien es enemigo de las fiestas públicas, de todo lo que turba su reposo y cambia forzosamente sus costumbres.

—¿Dónde me refugiaré durante tres días?—pensó Mr. de Montbrun, viendo por todos lados mástiles, gallardetes y banderolas.

El año anterior estuvo en Saint Germain pero habían hecho allí tanto ruido y disparado tantos cohetes, que se arrepintió de haber salido de París.

Acordóse entonces el vizconde de que se había prometido á sí mismo ir á pasar unos días á Bretaña antes de que el azadón destructor acabase de transformar aquel viejo rincón del país en una sucursal de Vangirard.

Deseaba ver Vitré, Fourgeres, estar un día en Saint Malo y volver. El tiempo necesario para no fastidiarse contemplando las iluminaciones. Puesto que los provincianos invaden á París en épocas de grandes fiestas, lógico y justo es que los parisienses les cedan el sitio.

Al siguiente día, Mr. de Montbrun llegó á Vitre. Era un sábado por la noche. Nadie ignora que en provincias, cuando quiere uno conocer el grado de belleza que alcanzan las mujeres, es de rigor colocarse el domingo por la mañana junto á la puerta de la iglesia. Por eso el vizconde ocupó su puesto de observación, poco después de las ocho. á la entrada de la basílica de Saint Martin.

Al salir de París, había echado en el correo una carta dirigida á mademoiselle Paula Salimberí, bailarina del teatro del Eden, soberbia jóven de ojos negros y soberbios también, que había debutado en Nápoles y que, después de pasar una temporada en el teatro italiáno de Niza, vino á enseñar á los parisienses sus formas esculturales y sus innumerables gracias. Montbrun tenía entonces 28 años y era un hombre simpático, ducho en cuestiones de amor, acostumbrado á la vida de bastidores y sin más ocupación que la de gastar alegremente sus 60.000 francos de renta. Presentóse á la bailarina y fué el agraciado.

Cuadros encantadores los de los seis primeros meses; escenas de amor, protestas de eterna fidelidad, paseos por el Bosque, excursiones matinales

y alegres escenas... Versailles, Ville d'Avray y Bongival vieron pasar muy frecuentemente á la bella amazona y á Montbrun galopando á su lado.

Paula Salimberi no tenía mas que un defecto: era celosa hasta la exageración. Otelo, junto á ella hubiera sido un Jorge Dandín. Si á Montbrun, en el toatro, se lo antojaba mirar á una mujer, Paula le arrebatava los gemelos y provocaba inmediatamente una cuestión. Un dia en que el vizconde se detuvo breves momentos á saludar á la esposa de un amigo suyo, la bailarina sufrió un fuerte ataque nervioso.

—Si me abandonas—decía ella con frecuencia blandiendo un puñal—te mataré y me mataré yo después.

Cuando Montbrun se decidió á hacer una breve excursión á Bretaña, estaba en esa situación crítica en que un hombre de sus condiciones se pregunta si le conviene más enviar 10.000 francos bajo sobre á la mujer que ha dejado de agradarle, ó señalar á esa misma mujer una pequeña renta anual de 1.500 francos.

Apenas se instaló en el departamento del coche que había de alejarle de París, comenzó á pensar en los medios de que podría valerse para no tener la dicha de volver á hablar con Paula Salimberi.

III

Terminada la misa empezó la salida de los fieles. Primero algunos hombres que no se cubrían la cabeza hasta que pisaban las losas de la calle. Luego en revuelta confusión las viejas, las jamonas, las jóvenes, alguno que otro señor notario ó magistrado, pero ningún farmacéutico. De repente, Montbrun dió un paso atrás y se quedó estático, trastornado ante una mujer ideal... Nunca, ni en sus más ardientes sueños había imaginado un cuerpo y un rostro como el que estaba contemplando en aquel instante. No era una mujer; era la pureza en calma, la virginidad radiante, la esencia de lo bello y de lo espiritual; era un girón desprendido por el soplo del divino Hacedor, de las nubes de nítida blancura que al principio del mundo flotaban sobre las aguas.

Montbrun se preguntó si podría admitirse como posible la existencia de una criatura tan hermosa, y mientras se hacía esta pregunta procuraba contener la respiración, temiendo que su aliento, al llegar hasta ella, empañara aquel virginal semblante. La jóven bajó la escalera de la iglesia sonriendo á una señora de cierta edad, su madre sin duda.

El vizconde siguió maquinalmente á las dos mujeres que entraron poco después, en una casa de modestísima apariencia. Apuntó Montbrun el número de la casa y el nombre de la calle y tan pronto como llegó al Hotel, procuró informarse y supo mucho de lo que deseaba saber.

¡La preciosa señorita de Lavade! Su padre era un hombre excelente y descendía de una familia que fué muy rica antes de la revolución. Posteriormente á este hecho, los antecesores del último Lavade habian ido vendiendo sus fincas para sostener el antiguo rango de la casa, y el pobre hombre vivía en el humilde edificio ocupado en otro tiempo por el administrador de su familia. Vivía trampeando, pues consistía toda su fortuna en 1.500 francos de renta. Gracias á que su mujer y su hija Juana eran muy económicas. El también lo era y se privaba de todo, hasta del tabaco

Las cosas pasaron tal y como las imaginó el vizconde.

Fué presentado á Juana, le declaró su amor y se vió correspondido. Los padres de la angelical muchacha dieron su aprobación y Montbrun vivió en continuo éxtasis aguardando la llegada del día fijado para el casamiento. Algunas veces pensó estremeciéndose, en que si él no hubiera ido á Vitré, Juana se habría casado, probablemente con otro hombre. Pero á este pensamiento que le martirizaba, seguía otro consolador, por virtud del cual quedaba convencido el vizconde de que allá arriba hay leyes escritas por la Providencia y de que él había ido á Vitré porque, con arreglo á esas leyes, debió ir.

Un día, cuando más abstraído se hallaba en estas ideas, recibió por conducto de su notario—única persona que en París sabía el punto de su residencia—una extensa carta de uno de sus amigos, el cual le decía con gran lujo de pormenores, que Paula Salimberi estaba buscándole por todas partes y profería contra él terribles, espantosas amenazas.

Montbrun encargó á su amigo que se avistara con la bailarina y le entregara 4 000 francos, anunciándole á la vez, que había marchado á la América y que probablemente, no volvería á verle más.

Por fin llegó el día ambicionado. Se firmó el contrato matrimonial siendo testigos del vizconde dos de sus amigos íntimos que vinieron de París con tal objeto.

A las once de la mañana del 10 de Septiembre los novios subieron al coche que les condujo á la Vicaría. Aguardando el momento en que debía comenzar la ceremonia, Montbrun hablaba en grupo aparte con dos ó tres personas, cuando se oyó un grito horrible, ensordecedor, seguido de exclamaciones.

Lanzóse al sitio de donde salió el ruido y supo horrorizado lo que ocurría... Una mujer desconocida acababa de arrojar al rostro de la novia el contenido de un frasco de vitriolo... Montbrun se tambaleó y cayó desplomado al suelo... Aquella mujer criminal fué detenida y declaró que se llamaba Paula Salimberi y que había procedido á impulsos de un ardiente deseo de venganza.

Montbrun, cuando volvió en sí, marchó desolado á casa de su prometida. Pero fuero inútiles todos los esfuerzos que hizo para verla. Había ella tomado la inquebrantable resolución de que el hombre adorado no contemplara aquellas facciones monstruosamente desfiguradas por el líquido corrosivo y así se lo hizo saber por medio de sus padres que estaban locos de pena y desesperación.

También lo estaba el vizconde y durante veinticuatro horas permaneció entregado á las más extrañas y confusas ideas que pueden cruzar por cerebro humano. Al cabo de ese tiempo escribió con mano convulsa un telegrama dirigido á París y pareció que se tranquilizaba. A correo seguido le enviaron un paquetito lacrado del cual se apoderó con ansiedad. Encerróse en su cuarto, abrió el paquete que contenía pólvora blanca, cogió un pañuelo, doblándolo en forma de venda, lo roció con una buena cantidad de pólvora y se lo aplicó á los ojos abiertos, anudándolo fuertemente por detrás de la cabeza.

Dos horas después llegaba, en un coche, á casa de la familia de Lavada y se apeaba á tuestas, trabajosamente, sostenido de un brazo por el notario de Vitré.

—No insista V... no puede V. entrar—exclamó al verle la madre de la desdichada jóven.

Y él replicó:

—Diga V. á Juana que puede recibirme y que nuestro enlace se verificará tan pronto como ella esté en disposición de salir á la calle. No me hará sufrir ni me inspirará repulsión su rostro desfigurado... ¡Dígale usted que estoy ciego!

IV

El vizconde de Montbrun y su esposa Juana se han retirado á una posesión que aquél tenía en Juvisy. Juana idolatra al hombre que por ella ha renunciado para siempre á la contemplación del cielo, de los campos y de las flores.

Y el pobre ciego que ha conservado intacta en su mente la imágen de la virgen ideal que bajaba un día por la escalinata de la iglesia de San Martin de Vitré, es dichoso, porque sumido en la eterna noche á que se condenó en un momento de abnegacion admirable, solo vé á su adorada con los ojos del alma, ¡y la vé siempre joven y siempre bella!

AURELIEN SCHOLL.

CUENTO GALLEGO

SONETO.

Un párroco tenía una sobrina,
á cuya jóven, de cariño ciego,
la cortejaba un mocetón gallego
más alto y más robusto que una encina.

Su casa á la del clérigo vecina
brindábale ocasión al buen labriego
para avivar con uno el otro fuego,
metido casi siempre en la cocina.

El candil apagó, dándose traza,
cierta noche con torpes intenciones,
al tiempo que entra el cura á quien abraza,
haciéndole rodar diez escalones;
y al oír del abad las quejas duras,
decía: —*¡Si eu non poido ver á oscuras!*

Venceslao Vega

METAMÓRFOSIS

I

—A esa mujer que cruza los salones
entre tantos galanes
—que no la miran, como no se mira
al sol sin deslumbrarse—
recuerdo haberla visto, hace ya tiempo,
frente un escaparate,
cuyas luces potentes se perdían
en cascadas de blondas y de encajes.
Recuerdo que los ojos, tristemente,
clavó en su roto traje
que dejaba asomar tras los jirones
trozos calientes de su ebúrnea carne,
y ví, un segundo, temblorosas lágrimas
tras sus negras pestañas agolparse...
rodar desde sus ojos á su pecho...
sostenerse un momento titilantes,
cual rocío entre pétalos de rosa...
y, al calor de su seno... evaporarse.

II

Ahora... todo varió, pues aunque hay gotas
de rocío, en su seno palpitante,
hoy... son lágrimas sólidas!
y entonces eran líquidos brillantes!
¡Aunque tiene girones en la honra...
no los tiene en el traje!
y aunque deje asomar, hoy como entonces,
trozos calientes de su ebúrnea carne...
¡es diferente ya, porque se asoman
entre blondas y encajes!
¡quizá los mismos que la noche aquella
contemplaba en aquel escaparate!
Hoy, rendidos, mendigan sus miradas
muchos de los que antes
la negaban, tal vez, una limosna
por miedo de mancharse!..
¡Aun no saben que tizna su deshonor!
¡Aun ignoran que valen
mas que el tridente de oro de ese diablo,
las alas de guñapòs de aquel angel..!

J. ALGUERO PENEDO.



EQUITACIÓN BARATA

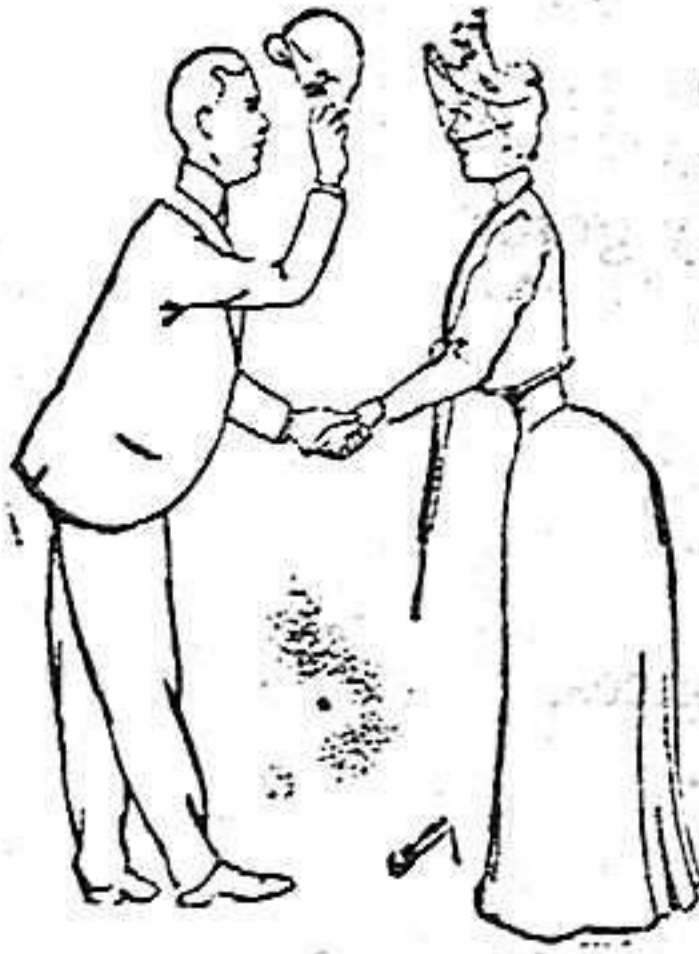
El sol se despedía muy rúbio y muy cortés, según dijo el poeta después de ponernos á la temperatura del rojo blanco durante todo el día.

Los madrileños, próximos á abandonar nuestros respectivos hogares, que más que tales, parecen grilleras, y ávidos de aspirar la fresca brisa de la tarde, cada cual se dirigió al paseo de su predilección.

Los aburridos, por ejemplo, se encaminaron al paseo de los *Melancólicos*; los horteras, al de los *Ocho Hilos*, un paseo muy en armonía con su artículo; los desesperados, al Canal; los románticos y los que tienen aficiones náuticas, al Retiro; y los elegantes, á Recoletos.

Yo, aunque no soy elegante, si bien estoy para serlo de un día á otro, me fuí á Recoletos, que es donde va en verano la nata y flor de la aristocracia madrileña, y aquellos que, por prescripción facultativa, por capricho ó por falta de dinero no salen de Madrid, durante la estación de los sorbetes de fresa y los sombreros de paja.

Allí me encontré á mi amiga Luisita Zapirón, sobrina del general Alicifiet y una de las muchachas mas elegantes de la córte.



Después de los saludos y cumplidos de rúbrica, observé que á la distancia conveniente la seguían dos chicos aristócratas baratos, de esos que tampoco veranean por las causas expresadas; y como uno de los mandamientos de la ley social, es el no *estorbar*, con todo el sentimiento propio del caso, porque la *chirca* me gusta de un modo sospechoso, hice mutis por el foro.

¿Y qué hago yo ahora?—me pregunté todo místico y cariacontecido, sin tener que hacer ni con quién hablar.

—Pues me dedicaré á la observación, que es lo primero que se le ocurre á cualquiera cuando está tan aburrido como yo en aquellos momentos.

En esto, ví á López, un chico temporero de Hacienda; con cuatro mil reales de sueldo, descuento y cédula personal, eso si no hay catástrofe nacional que ocasione la supresión de un día de haber, montando su *magnífico* overo, que parecía la estampa de la heregía.

Cualquiera que no esté en autos ni conozca á López á fondo, como yo le conozco, le tomaría por algún accionista del Banco ó consejero de la Tabacalera.

Pero no hay nada de eso: Lopez es sobre poco más ó menos, quien he tenido el



honor de decir á Udes. y el jaco que montaba era un modesto *alquilón* (futura víctima de algún Miura) y por siete pesetas cincuenta céntimos se va á Recoletos dándose aire de persona decente y adinerada.

¿Qué exagero? No lo crean Udes., por treinta reales cualquiera puede darse tono y pasar por un *sportmán* aunque sea un simple zapatero remendón.

Yo, si tuviera aficiones hípicas ó *épicas*, que decía aquella señorita licenciada en derecho, también me dedicaría á la equitación barata, en la seguridad de que en la primera sesión habia de estereotipar mi persona en las arenas dei paseo.

¡Por que yo, lo confieso con rubor, no sé montar á caballo!



Con López forma *pendant* la señorita de Zampatortas, la hija menor del conocido sastre D. Etelviro, que por la misma cantidad está en Recoletos siendo la admiración de todos los chicos que están en el estado de merecer dos ó más palos.



Al verla montando un caballo diferente cada domingo, se la considera un excelente partido, y ya se habla en el círculo de la Unión Mercantil, donde su padre suele dar algunas conferencias, que cierto conde en muy buen uso ha pedido ya su mano y su pié.

Si dos horas después visitaran ustedes en su casa, á la señorita de Zampatortas, la encontrarán entregada á la sublime tarea de fregar la loza.

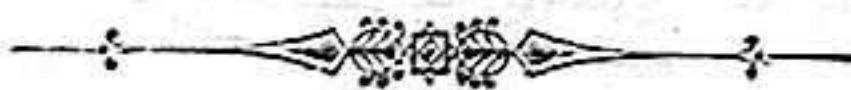


Cuando ya me iba yo de retirada cansado de ver tanto fantoche, me detuvo otro ginete de la misma estofa que los anteriores, á quien tuve que saludar muy cortés, y dicho sea en honor de la verdad, no lo hice más que para que me admirasen porque me trataba con gente que tiene caballo.

¿Qué quieren ustedes? ¡El hombre es débil!

5 de Octubre de 93.

MANUEL SORIANO.



¡NATURALMENTE!

Don Zenón Díaz Pompido
tal odio al moro ha adquirido
desde la ocasión postrera,
que el buen hombre ha decidido
no oírle nombrar siquiera.

Y en su manía, que pasa
ya de manía furiosa,
ha ordenado á la Tomasa
que no lleve nada á casa
que le recuerde tal cosa.

Y á su hechicera asistenta
ayer mismo hizo la cuenta
despidiéndola con maña,
porque dijo la sirvienta
que es natural de *Moraña*.

Lo mismo que á su criado
á quien echó incomodado,
perdiendo en parte el decoro,
al saber que el desdichado
pasó una sortija al *moro*.

Mas no es esto lo gracioso,
sinó que á un deudor, que ansioso
entró en su casa á pagar,
no le permitió pasar
por ser un deudor *moroso*.

Y en su huerta de Cerotes
llamó á cuatro muchachotes,
para cortar enseguida

doscientos piés de *morotes*
y una *morera* crecida.

Siendo lo más especial
que desde el día fatal
el bueno de don Zenón,
dice con gran *sans façon*
que detesta la *moral*.

Y firme en sus opiniones,
sereno en sus convicciones;
ódia á todos los casados,
tan solo, por presunciones
de que esten *enamorados*.

Yo su manía notando,
estuve ayer alabando
su amor pátrio de primera,
y el hombre estuvo escuchando
como si no me entendiera.

Lo cual yo no me expliqué,
ni la razón acerté
de no haberme comprendido,
hasta que ayer me admiré
pues aun ayer he sabido.

Que odia al moro don Zenón
no por pátria indignación;
sino porque se ha casado
con Paz Zamora y Morón
viuda de Mora y Morado.

Gerardo Alvarez
Gimenez

PÁGINAS DE MI ALBUM (1)

VIVA el *Champagne*! Sus burbujas de oro se me antojan cabecitas de mujeres rubias que se ríen con locas carcajadas en la copa de cristal de Bohemia...

¡Olé el *Champagne* y las mujeres morenas!

Cárlos Ossorio y Gallardo.

* *

Un poeta que gana ocho mil reales
¿cómo ha de ser poeta?...

¡Ya he caído en la causa de mis males!
¡Mi eterno consonante! ¡La peseta!

Enrique Labarta.

* *

Los campos de la demencia avanzan eternamente sobre los campos de la razón... Las fronteras de la locura son el valladar del génio... Los neurosismos son la nota saliente de las naturalezas del siglo XIX... Galeote, Higinia Balaguer y el Chato del Escorial son víctimas de la neurosis, á las que no debieran alcanzar los rigorismos del Código penal... Casi todos estamos algo locos... El mismo Moret no está nada bien desde que yo le dediqué unas poesías...

Heliodoro F. Gastañaduy.

* *

*En el décimo quinto natalicio
de una robusta criada de servicio.*

Soñar con pájaros, flores y palomas,
aspirar de tu seno la ambrosía
y romper los claveles de tus labios...
¡eso quisiera yo morena mia!

Renato Ulloa.

* *

La mujer es la obra mas hermosa de Dios: la obra mas hermosa de la mujer son los calcetines sin costura.

Una poetisa inédita.

* *

(1) De un *Album* cursi que tengo yo para molestar á los amigos y pedirle cosas en verso.

De la gentil Helenes, el Lérez plateado
 Inspiracion nos dió con sus rumores.
 Nuestro númen está casi agotado
 Con sus aves, sus frondas y sus flores.
 De sus márgenes bellas
 Alfombra fueron las rosas deshojadas...
 Y hemos bebido allí muchas botellas
 Y comido muy buenas empanadas.

Varios poetas locales.

*
*
*

Yo quisiera morir en el Casino bailando una mazurca con *Clarín* entre
 un nimbo de corbatas encarnadas y claveles amarillos.

Torcuato Ulloa.

*
*
*

Yo no sé si los escritores que figuran en las páginas de mi *Album* se
 ofenderán porque dé á luz sin su permiso esas que podríamos titular mo-
 destamente *notas íntimas*; pero si así fuese, quedan desde ahora autori-
 zadas para pegarle al Director del EXTRACTO DE LITERATURA en la segu-
 ridad de que por ello no se ha de molestar en lo más mínimo su muy
 devoto amigo

MOISÉS G. BESADA

UN CLICHÉ

Bajo, feo, ceñudo, mal formado,
 rana puesta de pié, ningun decoro,
 para hacer su negocio es un tesoro
 y para osado y cinico un dechado.
 De cuestiones *non sanctas* abogado,
 habla lo mismo que hablaría un loro
 cuando á su charla insulsa prestan coro
 cuatro guasones que contempla al lado.
 ¿Pesca un sitial? Pues al sitial se aferra
 Con sórdido interés, torpe y liviano;
 la fundada censura no le aterra
 aunque parta del padre ó del hermano,
 ni escucha á la opinión que en cruda guerra
 le llama necio, vividor y vano.

Amadis.

NICOLÁS TABOADA.

EN UN ÁLBUM

Aunque no soy un vate funerario
 Tenáz cantor de muertas ilusiones,
 Sinó un clown literario
 Émulo de payasos y bufones,
 Hoy que á la musa del dolor conjuro,
 De un album en el hueco mas oscuro,
 Con tímido embeleso
 Una lágrima ardiente deposito,
 Como el paria maldito
 En una frente pura el primer beso.
 Una lágrima, si, que rinda culto
 A la gallarda diosa põesía
 A quien con risas de bufón insulto,
 Y riegue un surco de la mente mía,
 A ver si logro solamente un dia
 Que un sauce brote en mi cerebro inculto.
 Gota que á redimir mis cantos vaya...
 ¡Mas, ay, que triste y sola
 Entre los poros del papel desmaya
 Como la débil ola
 Que sorben las arenas de la playa!

Me declaro impotente
 Para cantar en sério;
 Y aunque dentro del alma eternamente
 Ruje un mar insondable, amargo, hirviente,
 ¡Mi alma es un misterio:
 Solo sabe expresar lo que no siente!
 ¡Sigue, pues, arlequin, camina aprisa
 Por el mundo adelante:
 La vida es un instante;
 Y cuando mueras... morirás de risa!!

ENRIQUE LABARLA.



De actualidad



Los jollines de Melilla
que de suceder acaban,
segun todos los periódicos
pusieron al moro á raya,
y dieron lugar á que,
como en épocas pasadas,
nótase Europa el ardor
de la sangre castellana.
Allí hubo heróicos esfuerzos,
choques de cuerpos y de armas,
héroes de la tez morena,
valientes de la tez blanca;
y entre el humo de la pólvora
y el ruido de espingardas,
y gumias, y fusiles,
y sables y cimitarras,
unos cantaban á Alá
del Alcorán las plegarias,
y otros, luchando con brío...

¡salían por sevillanas!
En medio de la refriega
un cabo, tinto en Triana,
que peleaba con denuedo
puesta la mente en la pátria,
el corazón en su novia
y en Cádiz sus esperanzas,
cogió á un morito muy negro
y sacándolo en volandas,
llevólo lejos, muy lejos
de donde se peleaba.
Allí lo dejó de pié,
y, puesto el soldado en jarras,
quedó mirando al muslin
mas bien que airado con guasa,
pues lo blanco del ropaje
que suelto al viento flotaba,
tornaba mas récia y negra
del africano la cara,
y al cabo, al verla así obscura,

veníanle de reir ganas.
Medio iracundo y risueño,
entre compasión y rãbia
estuvo un rato indeciso,
y creo que algo pensaba,
cuando al fin, debió á su mente
venir una idea extraña,
porque entre chunga y riendo,
cogió al morito con calma,
y la nariz apretándole,
le dijo con mucha gracia:
— Oye, gringo, yo te suerto,
y marchas libre á tu casa,
y puedes ver esta noche
á la *gachi* de tu arma,
¡vamos, que quiero desí
quepués ver á tu *barbiana!*
pero .. antes vas á venderme.
¡pa un lapis, un real de naenal!

Por el cabo que me lo contó

ADOLFO MOSQUERA



CORRESPONDENCIA

Sr. D. P. P.—Santiago.—Ya he remitido á V. el *Bálsamo* que me pedía. Mil gracias. Si alguno de sus amigos quiere otro frasco, avíseme, pues aún quedan unos cuantos en la farmacia.

Sr. D. J. V.—Valladolid.—Le agradezco el envío, tanto del importe como del retrato. Ahora caigo en la cuenta de quien es V. y me congratulo de tener un amigo en esa. ¡Olé paisano, mándeme usted un ciento de suscripciones!

Paralelo —Me pregunta V. si quiero que me mande su nombre. Si señor; pero para mayor claridad, es mejor que me lo envíe escrito en una libranza de Giro mútuo.

Sr. D. R. C.—Oviejo.—¿Qué me importa que me haya V. buscado tres suscriptores si á la postre me ha comido V. el importe de las tres suscripciones? Eso es lo mismo que si me hubiese V. pedido prestados huevos y manteca para regalarme una torta el día de mi santo, y que al preguntarle á V. después por ella, me contestase que al llevármela á casa se la había comido en el camino. Su conducta no me extraña. ¡Lo único que me asombra es el ver lo bien que V. se las arregla para no estar todavía en presidio!

Sr. D. L. M.—Vigo.—Por ser V. tan amable, aunque esa sección está en suspenso, voy á contestar á su pregunta:

¿Ha vendido V. ya el clavillo de oro con que le premiaron en Pontevedra, según anunciaba el lema de la composición premiada?

—Con gusto el clavillo de oro lo vendería ahora mismo, Mas, no puedo, (y lo deploro);

¡Porque hoy, *no pasarlo al moro.*
Ya es cuestión de patriotismo!

Sr. D. R. T. S.—Coruña.—Mil gracias por las suscripciones que me envía. ¡Ese rasgo de remitirme el importe de todas, sin haberlas cobrado todavía, le honra á V. mucho! ¡Cómo se conoce que es V. de la raza de los Cides y de los Pelayos! ¡Aún hay patria, Veremundo!

Solución al Geroglífico publicado en el número anterior:

La Revista, señores,
(Y esto no es broma)
Hay quien, por no pagarla,
La lee *de gorra.*

La correspondencia administrativa dirigirla desde hoy al Director de esta Revista D. Enrique Labarta y la literaria á D. Gerardo Alvarez, hasta nuevo aviso.

SUMARIO:

TEXTO.—*Andrés Gaos*, (semblanza), por E. Labarta.—*Siempre bella*, por Aurelien Scholl.—*Cuento gallego*, (soneto), por Wenceslao Veiga.—*Metamorfosis*, por J. Alguero Penedo.—*Equitación barata*, por Manuel Soriano.—*Naturalmente*, por Gerardo Alvarez Limeses.—*De actualidad*, por Adolfo Mosquera.—*Páginas de mi álbum*, por Moisés G. Besada.—*Un cliché*, por Nicolás Taboada.—*En un álbum*, por Enrique Labarta.—Correspondencia.—Solución.—Anuncios.

GRABADOS.—*Retrato de Andrés Gaos*, fotografado de Juarizti y Mariezcurrena.

Ilustraciones y viñetas.

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.
" " semestre, 3.50 idem.
" " año, 7 id
Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.
" " año, 10 id

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

COMPANÍA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires y el Pacífico.

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y Franco. En Villagarcía, Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfonso Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 1.º de Noviembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires el vapor

Ortegal

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arrenal 128; en Coruña Sres. Arce y Comp.ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCION DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.